

Curso: Descubrir la espiritualidad ignaciana 1

Transcripción de la conferencia
de Toni Catalá
Centro Arrupe de Valencia

La propuesta del Centro Arrupe es una introducción a la espiritualidad ignaciana. Los que me conocéis sabéis que yo suelo hablar en espiral, no va a ser tema 1, tema 2... Va ser tomando el hilo de la *Autobiografía* de san Ignacio. Creo que eso es lo que más nos puede ayudar. Porque en toda tradición espiritual, de alguna manera, el fundador, el líder carismático, suele ser su propia biografía la que nos da las claves de lo que es una espiritualidad determinada. Antes quisiera situar esto también en un ámbito más amplio que la propia espiritualidad y es situarlo en un ámbito de eclesialidad.

Sabéis que no es verdad que en un tiempo primero existiera una hipotética comunidad cristiana sin conflictos. Una hipotética comunidad en que todo era armonía, en que todo era un sentimiento profundo de fraternidad y de solidaridad, etc. El hecho cristiano es plural desde el inicio y en las comunidades cristianas primeras lo que se da es una profunda experiencia de diversidad, de diversidad cultural, diríamos. O sea, voy a dar solo pinceladas porque en esto el gran maestro de discernimiento fue Pablo.

Normalmente todas las comunidades primeras, tanto la comunidad de Roma como las comunidades de Galacia, como la comunidad de Corinto, precisamente por ser comunidades formadas por gente desde la diversidad de contextos culturales, diversidad de biografías e historias educacionales, experimentan conflictos. No le estoy dando un sentido peyorativo porque el conflicto es inherente a la diversidad. Por tanto, la situación que se da en muchas comunidades es de fragmentación. Pablo, por ejemplo, en la Primera Carta a los Corintios, cuando se dirige a unas comunidades que él ha fundado y las conoce, dice, por ejemplo, “sé por la gente de Cloe que hay divisiones entre vosotros, porque sé que vais por ahí diciendo yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Pedro, yo soy de Cristo (sin caricatura, yo podría seguir hoy la retahíla: “yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Ignacio, yo soy de Monseñor, yo soy de Kiko, yo soy ...”). O sea, esto es inherente desde el inicio y no vale rasgarse las vestiduras, ni ingenuidades. Porque siempre hay un riesgo de confundir al líder carismático, al fundador, al apóstol, a la gente de pastoral..., me da igual como queráis llamarlo. Porque todo proceso de iniciación en el ámbito de la comunidad cristiana siempre es un proceso de *resocialización secundaria*. Esto es, yo solo entro en un ámbito, por ejemplo, comunitario si tengo referentes que me son significativos. Esto me parece fundamental. Cuando yo estudiaba en la facultad de filosofía, en Comillas, estaba de moda entonces el tema de la sociología del conocimiento el libro *La construcción social de la realidad* de Peter L. Berger y Thomas Luckmann. Es decir, no hay procesos de resocialización secundaria, de incorporarme, por ejemplo, a la comunidad cristiana, si yo no experimento una cierta fluidez afectiva. Que no es que me hagan carantoñas, sino que yo me siento acogido. O sea, si me incorporo a un grupo en que la gente pincha yo no aguanto allí. *Fluidez afectiva, rostros*, dicen estos teóricos, es decir, gente a la que yo le otorgo significatividad y también se dé un aparato conversacional que no me resulte tampoco agresivo. Si yo soy educador y entro en un colectivo de educadores en lo que el lenguaje ambiental es estar continuamente criticando amargamente al alumnado, yo de ahí salgo corriendo, no me interesa. Lo digo porque si hay fluidez afectiva, repito, somos adultos, no es acercarse a carantoñas. *Fluidez afectiva* supone que me reconocen, que me siento respetado, me siento acogido. De ahí siempre se da un deslizamiento, a veces muy sutil, en identificar y confundir al líder, al mediador carismático, a la gente de pastoral, al fundador del grupo, con el Señor Jesús, con el que convoca. Al identificar al mediador con el Señor, los mediadores no son fuente de libertad. Yo no soy fuente de libertad para nadie. Yo te puedo acompañar en procesos, pero yo no soy fuente de

libertad. La fuente de libertad es el Señor y el espíritu del Señor. Donde hay espíritu del Señor hay libertad. Cuando al líder se le otorga una dimensión que es de absolutez lo que ocurre es que la comunidad se fragmenta.

En el arte de la iniciación cristiana, que es toda una vida, se necesitan referentes. Pero yo lo que necesito es que esos referentes vayan desapareciendo y yo pueda crecer en libertad evangélica. Pablo constata en la comunidad de Corinto esta fragmentación: yo soy de Pedro, yo soy de Apolo, yo soy de Jesús, yo soy de Kiko, yo soy de Monseñor, yo soy de... Pablo contesta en la primera carta a los Corintios, 1,13, más no puede decir el menos, Ahora veréis cómo esto atañe a nuestra espiritualidad, en nuestro caso la espiritualidad ignaciana. Es cuando Pablo dirá, pero ¿es que acaso Cristo está dado en exclusiva?

Esto ya nos tiene que ayudar a situarnos un poquito de cara a este curso. Toda espiritualidad en la tradición eclesial subraya dimensiones de la buena noticia de Jesús, de ese Jesús que pasó haciendo el bien y que nosotros nos conocemos como el Señor Jesús, como el Señor y Cristo. Pero ninguna espiritualidad agota lo acontecido en Jesús, porque ahí está el principio de todo fundamentalismo y de integrista en la Iglesia, y esto hoy es evidente. Es cuando mi percepción del evangelio la convierto en *El Evangelio*. Cuando mi percepción de Jesús la convierto en *La Percepción* de Jesús. Y Cristo no está dado en exclusiva. El Cristo total pertenece a la gran Iglesia. Lo digo porque a veces muchas espiritualidades, y ahí no está exenta la espiritualidad ignaciana, en muchos momentos, en esto seré muy crítico, hemos tenido a veces un profundo *déficit de eclesialidad*. O sea, que al final parece que tu propio camino espiritual *es* el camino de seguimiento. Esto nos ayuda un poquito a resituarnos y con humildad. Humildad es una palabra muy malgastada. Bajo la palabra humildad se esconden muchas cosas muy extrañas, pero creo que me entendéis todos cuando digo que tenemos que tener humildad aquí.

Pablo después dice también algo genial. Dice: “¿Es que acaso crucificaron a Pablo por vosotros?”. Esto es fundamental. Pablo está molesto porque lo han metido a él también en danza: yo estoy con Pedro, yo estoy con Jesús, yo estoy con Pablo... y Pablo está molesto. Y Pablo dirá bien claro. “¿pero es que acaso yo he dado la vida por vosotros?”. Este punto también es clave. Porque, y este sí que me atañe a mí personalmente en cuanto que voy un poco a liderar este curso de introducción. Yo, Toni Catalá, a estas horas de mi vida, yo no me concibo en el seguimiento del Señor si no es desde la espiritualidad ignaciana, desde el camino que traza Ignacio, con los subrayados que traza Ignacio. Lo que sí que tengo claro es que Ignacio de Loyola no dio la vida por mí, porque si no, entonces, viene el jesuitismo de más baja estofa y experiencia histórica tenemos de ello. O sea, Ignacio de Loyola no dio la vida por mí y al mismo tiempo no me concibo si no es desde esa espiritualidad.

Creo que también esto nos puede clarificar la orientación del curso. Porque si no convierto a Ignacio, y esto lo veréis en según qué temas a lo largo del curso, en el criterio último hermenéutico de todo. Eterno tema en la espiritualidad ignaciana, que Bremond (Henri Bremond, 1885-1933)), el gran historiador francés de la espiritualidad ignaciana, ya metió un dedo en la llaga que irrita a muchos jesuitas. Esto en su momento lo entenderéis lo que digo, dice: “¿son los Ejercicios Espirituales los que hicieron grande a la Compañía de Jesús o es la Compañía de Jesús la que hizo grande a los Ejercicios?”. Repito, al mismo tiempo yo no me concibo si no es desde su propuesta de seguimiento, porque al fin y al cabo lo adelanto ya, *la espiritualidad es un camino de seguimiento*, subrayado en el seguimiento del Señor.

Pablo continúa, y esta es también genial, dice Pablo: “pero es que acaso os bautizaron para vincularos a mi persona. Y dice: “menos mal que no bauticé a nadie, salvo Crispo y Gayo”. Y ahora Pablo hace una de las suyas, dice: “bueno, también bautice a la familia de Esteban”. Como diciendo “que sí, que siempre que hay aquí tiquismiquis que me dirán, oye, que también bautizaste...”. Porque el riesgo real es éste. El riesgo de todo agente de pastoral, líder, es vincular a la gente a su persona. Y cuando tú vinculas a la gente, a tu persona, ya no

estás ofreciendo caminos de libertad evangélica, como he dicho antes.

Lo que estoy diciendo me parece fundamental para enmarcar todo camino de espiritualidad dentro de la comunidad cristiana, dentro de la Iglesia. Esta es la dificultad. Somos peregrinos y somos caminantes. Y si el pastoralista juvenil vincula a la gente a su persona, cuando ese agente de pastoral desaparece por la razón que sea, la comunidad se descuajeringa, con perdón. Y encima, si el que se va está continuamente llamando para ver cómo les va con el nuevo, apague y vámonos. Entonces, ¿qué estoy diciendo? Situar brevemente la espiritualidad ignaciana en un marco de socialidad.

En definitiva, con lo que yo me quedo es esto. Yo agradezco profundamente lo que Ignacio de Loyola nos propone. Yo no me concibo a estas horas si no es desde ahí, pero al mismo tiempo ese camino me vincula al Señor Jesús, porque la fuente de libertad es Él.

Dicho esto. ¿Cómo voy a seguir? Voy a situarme un poquito cronológicamente. Os irán llegando los documentos que os entregaré. Os mando la *Autobiografía*. Tenía dos opciones, mandarlo con un castellano más de hoy en un PDF cerrado o mandarlo un Word abierto como os lo he mandado para que podáis trajinar con el documento, manteniendo el castellano de Ignacio. Esto que voy a decir a muchos colegas no les gusta oírlo, pero el castellano de Ignacio es espantoso, como buen vasco que es. Ribadeneira, que era uno de los primeros, no fundador, porque era un chavalín. Era paje allá con el cardenal Farnesio que se escapó. Era un guindilla de 15 años y se refugió en la Curia General nuestra, en la Compañía incipiente, les cayó en gracia y allí se quedó. Y entró jesuita murió con 90 y pico en España. Este chaval, que era muy espabilado y con un desparpajo impresionante, era el único que se reía a la cara de San Ignacio y se le reía porque le decía: “ni hablas bien el castellano, ni hablas bien el latín, ni hablas bien el italiano”.

Además, hay otro “problema” con Ignacio. No solo es su castellano, sino que es un hombre que no es de fácil lectura porque dice mucho en pocas palabras. Y en ese sentido, es el místico más aburrido del siglo XVI. Yo cuando quiero disfrutar de un místico del XVI me voy a Juan de la Cruz o a Teresa y no me voy a las cartas de San Ignacio, de las cuales la mayoría hablan de deudas, de dineros y de fundaciones. Cada uno tiene su carisma, pero en cambio sí que reivindicaré la gran capacidad carismática de Ignacio para ser un buen pedagogo. Ese fue su don, no, que fue un excelente pedagogo. Quizá estoy exagerando un poquito con tratos muy gruesos.

Quiero deciros ya que cuando vayáis a un documento que os pueda mandar de Ignacio, casi prefiero mandarlo en su castellano. Puede que haya dificultades, pero es mejor ir a al texto original y en la *Autobiografía* he tomado esa decisión. Tampoco voy a abusar de fechas, pero sí que es bueno que tengamos presente el curso, el acotamiento cronológico de la vida de Ignacio. Ignacio nace en 1491. Ha habido mucho debate si fue en el 91 o 92, esto es irrelevante para nuestro caso y muere en 1556. Yo lo único que quiero subrayar de esa cronología, como veremos, es que es cuando se está dando en Europa un fenómeno cultural, diríamos, que es ese paso de la Edad Media al Renacimiento, que es un paso muy lento. Las cosas sabéis que nosotros hacemos cortes cronológicos por entendernos, de tal manera que esos cortes a veces han sido muy peligrosos, porque se prestan a la caricatura: la Edad Media, el tiempo de la oscuridad. Eso es una bobería; el Renacimiento... son caricaturas que ya están en el imaginario. Sí, es verdad que se está dando un cambio de paradigma y en el ámbito eclesial también, que para mí es clave y para entender a Ignacio es clave que es *la emergencia del yo*. Los códigos de comportamiento medieval son códigos más de ubicación externa, códigos de honor, códigos de *cumplimiento*, no caricaturizo la palabra, cumplimiento de unos códigos de comportamiento eclesial. Alguien puede argumentar que Agustín de Hipona fue el que *abre la introspección espiritual*, pero yo estoy hablando del contexto Ignaciano. Se va a pasar de una religión estatutaria, más de una religión externa, más de una religión de códigos

de comportamiento moral, de códigos de comportamiento de cumplimiento de las leyes de la iglesia, etcétera. Esta fue una de las dificultades que no hay que caricaturizar, porque según corrientes, no entendieron a Ignacio. Este debate sobre el que se hacen bromas entre dominicos y jesuitas. Es verdad, por ejemplo, que el gran teólogo dominico Melchor Cano, uno de los teólogos más potentes, sobre todo en este contexto y tridentino, nunca entendió los Ejercicios, nunca. Es más, no solo fue que nunca los entendiera, y ahora veréis con descubrimiento de la subjetividad. No solo no lo entendió, sino que no tuvo lo suyo con otro de la Compañía tan potente como Laínez, a propósito, no de los Ejercicios de Ignacio, sino de otros temas teológicos. Fueron a degüello y yo esto me divierte mucho. Melchor Cano dice de los Ejercicios Espirituales de Ignacio que la gente “entran gallos y salen gallinas”. Tan era así que, en una sesión de Trento, esto es anecdótico, Laínez, el segundo general nuestro, teólogo potente, en público a Melchor Cano lo mandó, con perdón, a la mierda. Las crónicas dicen que lo mandó donde los españoles suelen mandar en esas ocasiones. Si vamos más allá de la anécdota.

Estoy hablando de esos dos modos, uno que sería la fidelidad externa, hablando en términos culturales. Una adhesión más externa a códigos de comportamiento moral, de normativa eclesial, etcétera. Y en cambio, corrientes que van a emerger ya, la espiritualidad renana flamenca, en la emergencia del yo. Claro, estamos en un tiempo también donde se va a agudizar mayormente en la Reforma. Pero también quiero ya de entrada desmadejar un tópico que creo que en nuestro caso lo tenemos bastante claro. Pero son tópicos que siguen funcionando. Ignacio de Loyola no funda la compañía para rebatir el luteranismo de la Reforma. Cuando Ignacio está en este proceso de conversión, Ignacio no tiene ni idea de qué está pasando en Alemania. Porque es que ahí hay mucho topicazo.

Ignacio irá entrando en esa dinámica, en la segunda generación de jesuitas es evidente, pero Ignacio empezará a ser consciente de los problemas intraeclesiales fuertes cuando está en la Sorbona, cuando está en París. Antes en España el problema era otro. Lo que estoy diciendo es que Ignacio va a ser un maestro en *la escucha de los sentires*. De hecho, cuando Ignacio en Roma da Ejercicios, propone su experiencia, que eso veremos que son los Ejercicios. Es como decir: “a mí esto me ha funcionado y lo propongo a otros”. Le da los Ejercicios al cardenal Contarini, que fue uno de los cardenales ilustrados reformistas. Fue uno de los que más ayudó a que se aprobaran los Ejercicios, y dice algo que creo que es verdad y lo dice con mucha concisión, dice: “por fin he conocido a un maestro de los afectos”, por fin he conocido a un maestro de los afectos. Y es que Ignacio va a empezar a escucharse, a escuchar, como dirá él en su lenguaje, *las mociones que en el ánimo se causan*. Aquí en un curso de introducción, cuando digo *mociones*, me da igual que llaméis mociones, sentires, afectos, en contraste con el concepto. Y aquí sí que está ya emergiendo algo novedoso, que Ignacio nos va a dar como una gramática para entender las mociones que en el ánimo se causan. Y es que se va percibiendo algo que nosotros hoy, gracias a Dios, pues tenemos como más incorporado. Y es que el *seguimiento del Señor es vida, el Señor es vida* y esto yo no me cansaré de repetirlo, y que *el Señor es camino, verdad y vida* y un camino de vida. Nosotros no nos adherimos a una doctrina, sino a una persona. Y por lo tanto, que yo sepa, la ternura, la compasión, la misericordia, la justicia no son solo ni mucho menos conceptos, *son modos de estar en la vida que pasan por mis sentires*. Y esto que hoy quizá nosotros lo tenemos más clarito, pues es una auténtica novedad en su contexto. Porque enseguida va a haber prevenciones a esto. Es *el subjetivismo*. Es esa dialéctica, la teología, gracias a Dios, por ejemplo, en una teología potente como la de Tomás de Aquino, que sigo diciendo que ha sido el teólogo más potente que ha tenido la Iglesia, santo Tomás era muy consciente de esto que estoy diciendo, o sea, la alta teología. Por ejemplo, Santo Tomás tiene muy claro que la teología como conceptualización de la fe o como articulación doctrinal es una sabiduría que se deriva, dice, de la *sabiduría de los bienaventurados*, o sea, *de los que han vivido el Evangelio*. Esto Tomás

lo tiene claro, dice *sciencia subalternata, scientiae beatorum*. dice Tomás que la buena noticia de Jesús no nos la han transmitido la jerarquía ni los teólogos, sino los *bienaventurados, los que la han vivido*. Otra cosa es que haya habido teólogos, y lo digo sin ningún tipo de ironía ni retranca, ha habido teólogos y jerarquía que han sido auténticos santos y santas de Dios. Lo digo porque esto que dice Ignacio o se recupera realmente en este paso de la Edad Media al Renacimiento, es algo que la alta teología lo sabía. La sabiduría acumulada en la Iglesia es muchas gracias a Dios. Pero claro, es en este contexto que Ignacio va a experimentar las prevenciones.

Ahora quiero formular en positivo lo de Ignacio. Es un hombre que va a empezar a escuchar. Esto sabéis que a Ignacio le acontece alrededor de Pamplona y Loyola. No me entretengo porque esto también es conocido. Su familia, que es una de las familias de Guipúzcoa, de linaje, muy del rey de Castilla. En cambio Javier no. Por eso Ignacio y Javier tuvieron sus malentendidos de inicio. Ignacio es un hombre que, por familia, tenía conexiones con la Corte. Cuidado también con el tópico del Ignacio militar. Más que militar, es un hombre cortesano, un hombre de corte y se va a educar en la corte. Con todo lo que supone, como os he dicho, de códigos de honor, de manejo de armas, etc. Es un hombre que en ese ámbito prefiero no entrar, que ahí no me interesa mucho de la vida de Ignacio, porque sabéis que su autobiografía empieza con un recorte. La *Autobiografía* dice que Ignacio hasta esa edad fue un hombre dado a las vanidades del mundo. Ignacio conto más de su vida anterior, pero como pasa en la biografía, alguien pegó un tizeretazo a la Autobiografía, porque no era digno de un santo contar lo que este buen hombre contaba. Puede imaginarse lo que uno quiera, qué vamos a hacer. Era un hombre de corte muy de su tiempo. En ese sentido, nadie se rasga las vestiduras. Posiblemente se sabe y se dice, ha habido historiadores jesuitas que lo han defendido a rajatabla (yo me inclino a que posiblemente fue así), que incluso tuvo una hija. Un historiador jesuita lo mantiene, otros lo discuten más. Para mí también es irrelevante, porque entra dentro del guion de la época. Eso parece que a Ignacio le machacó mucho. Hay quien dice que no. Lo que está claro es que no era un dechado de virtudes el hombre, pero muy de los códigos de su época. Los que seáis valencianos leed a Ausias March, un poco anterior que es la misma clave. De hecho, hay una tesis doctoral sobre Ausias March que muestra que es la misma clave. Es la emergencia del yo, con todas las culpabilidades que supone el doble movimiento interior del querer fiel, como buen caballero cristiano a los códigos de comportamiento moral y eclesiales y al mismo tiempo utilizando el lenguaje del tiempo, pues las tendencias de la carne con todo lo que suponía de culpabilidades.

Ausias March para mí es el poeta que más y mejor expresa esas contradicciones y sobre todo también en el inicio del Renacimiento. Ignacio está en esas. Ignacio el trompazo vital se lo lleva en Pamplona. La herida famosa de Pamplona, con lo que eso supone. Son otros códigos, lo llevan los mismos franceses a Loyola..., etc. A Ignacio le viene un tiempo, más como diríamos hoy *de introspección*.

En Loyola, su familia está muy marcada, sobre todo su hermana, por la tradición franciscana, esto no se puede olvidar. Todo lo que Ignacio va a recuperar después de una cierta ternura en los Ejercicios, cuando se acerca en los misterios de la vida de Cristo a esas escenas, diríamos hoy en la jerga nuestra más del Jesús histórico, que se lo debe a la gran tradición franciscana de fondo. No sólo a la vida de santos que pueda leer o a la *Vita Cristi* del Cartujano, sino que ahí hay una impronta muy franciscana. Es obvio que es la tradición franciscana y Francisco de Asís los que nos hicieron recuperar la profunda humanidad de Jesús, con mucha ternura. Todo no se lo podemos atribuir a Ignacio.

En esta fase de introspección, que es toda la fase de Loyola, Ignacio empieza a quedar atrapado en su yo. Es un hombre que se va a debatir entre códigos de honor caballerescos y lo que va sintiendo. Lo primero que hay que tener en cuenta, en ese retiro impuesto de Loyola, en que por tradición franciscana en casa no hay libros de caballerías, sino que está la *Vita*

Cristi, Ignacio empieza a leer vidas de santos. Yo soy de los piensan que hoy tendríamos que recuperar esas biografías, pero no de esos santos que no tomaban teta en viernes para mantener la abstinencia. No sé si me explico, si no los testigos en el fondo. Ignacio, esto es de más calado de lo que parece, empieza a leer las vidas de santos, vidas de seguidores de Jesús, diría Francisco de Domingo, pero aún los está leyendo en un primer momento en clave imitativo, en clave caballeresco, diríamos. Si Santo Domingo hizo eso, yo he de hacer. Es un hombre que digo que está *atrapado en el yo*. Ignacio va a percibir, poco a poco, que está atrapado en el yo: yo he de hacer, yo he de hacer esto que hizo San Francisco y esto que hizo Santo Domingo:

“Así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, que cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Más todo su discurso era decir consigo: Santo Domingo hizo esto pues yo lo tengo que hacer, San Francisco hizo esto pues yo lo tengo que hacer”.

Ahí aún hay un yo como una catedral, con perdón, hablando en términos... -yo he de hacer, -yo he de hacer, el yo. Un hombre atrapado en el yo. En Manresa, por desgracia, Ignacio de Loyola se convirtió en un enfermo, en un enfermo crónico, porque abusó del *yo he de hacer*. En las penitencias, por ejemplo, estropeó su cuerpo para siempre, de tal manera que con la lección aprendida, es por lo que en las Constituciones de la Compañía de Jesús, cuando funda la Compañía, san Ignacio no nos pone penitencias, porque aprendió la lección. Lo deja a la discreta ley de la caridad.

Aunque sea dar un salto lírico, lo que quiero comentar, como os he dicho voy hablando en espiral, yéndome directamente ya a nuestro contexto y al manejo que tenemos a veces los seguidores y las seguidoras de la imitación. Ignacio quiere imitar a Domingo, Ignacio quiere imitar a Francisco; yo he de hacer..., ellos hicieron yo más. Cuánto daño nos ha hecho una mala teología de la imitación de Cristo y de esto no nos hemos librado aún, porque una mala teología de la imitación de Cristo. Porque a mí esto me lo sugiere, por supuesto, también la experiencia de Ignacio. Esto lo voy a repetir a lo largo del curso de introducción, porque para mí es uno de los temas nucleares que la espiritualidad ignaciana desmadeja. Cuánta gente me he encontrado, gente buena, laicos, laicas, religiosos, religiosas en todos los estados de vida, solteros, casados, que se ha desvivido por la gente, que se ha implicado sociopolíticamente, que se ha implicado en acciones pastorales muy generosamente, pero que *en su interior no han disfrutado de la alegría del Evangelio*. Esto me ha dado que pensar siempre. El Evangelio siempre como exigencia, como imperativo categórico. Esto genera dinámicas de desasosiego interior, de frustración interior. Este mecanismo es muy peligroso pero, pedagógicamente, yo creo que hay que pasar por aquí. Cada biografía es cada biografía, pero Ignacio pasa por una fase del yo he de hacer y nosotros lo tenemos muy introyectado también: el seguimiento como *yo he de hacer*. Y esto, ya veremos en su momento, nos lleva al fracaso en el seguimiento o todo lo más a cargarnos de resentimientos y muchas frustraciones. Esto, Bonhoeffer (Dietrich Bonhoeffer (1906-1945)), el teólogo luterano ejecutado por Hitler, lo dice en su esbozo de cristología *Quién es y quién fue Jesucristo*¹. Dice: “si Jesús es un modelo a imitar, yo estoy abocado a la frustración”. Dice Bonhoeffer que no podemos separar la misión y la obra de Cristo. Porque Jesús, y ahora lo digo así sin matices, Jesús, para nosotros cristianos, *no es un modelo a imitar*, es el hijo del Dios vivo, el icono de Dios, la misericordia de Dios. Me invita al seguimiento contando con lo que soy. Esto veremos que pasará por el fracaso de Getsemaní y se reconstruirá en la Pascua. Pero aquí hay ya una primera estructura que Ignacio pasó por ella, estuvo a punto de romperse, estuvo a punto incluso de suicidio. Ignacio en Manresa, en este bloque que estamos, entró en dinámicas de desolación, de quedar atrapado en el yo que no veía salida. A

¹ Disponible en https://www.academia.edu/10086457/QUIEN_ES_Y QUIEN_FUE_JESUCRISTO.

mí este punto me parece de calado. Ignacio en Loyola está en una primera fase del yo he de hacer, pero él mismo empieza a decir que dentro de esa tensión interior empezó a entender las cosas de Dios. Empieza a *escuchar-se* que hay una diversidad de movimientos interiores. Voy a utilizar el lenguaje de Ignacio porque es el que a mí me ha configurado, pero ahí también lo que he dicho antes, por favor, mucha holgura. Y en estos tiempos es mejor quedarse con la música que con la letra. Y así empiezo a hablar de *diversidad de espíritus* y empieza a tener *sentires, mociones* que le llevan por un camino de alegría. Y otros sentires que le llevan por un camino de tristeza. Esto después, en la jerga del *discernimiento* se va a ir decantando en *buen espíritu, mal espíritu*.

Unas dinámicas que me llevan por caminos de consuelo profundo y otras dinámicas que me llevan por caminos de desasosiego. Esto para mí empieza a ser la aportación de Ignacio, en cuanto que va a ser un buen pedagogo, pero empieza ya a sentir, como dirá él después, cuando lo decanta ya en Ejercicios: “diversidad de emociones que en el ánimo se causan”. Y ahí empieza él ya a articular una *gramática* para poner *lenguaje*, para *empalabrar*, expresiones de Lluís Duch (Lluís Duch Álvarez (1936-2018)), un antropólogo que murió hace poco. Para mí uno de los grandes sabios que ha tenido Cataluña y ha tenido España. Lluís Duch, muy poco conocido, profesor en la Autónoma de Barcelona de Antropología. Dice que una de las tareas es *empalabrar la realidad*.

Ignacio empieza a *empalabrar las mociones* que se causan en el ánimo, empieza a articular una gramática, un lenguaje, Pero Ignacio sabe muy bien, lo que nosotros también podemos un poquito olvidar. Y lo digo también porque esto nos va a llevar para las otras sesiones. Este lenguaje de buen espíritu, mal espíritu, Ignacio, sabéis que a esto le va a llamar *consolación, desolación*, un lenguaje muy peligroso y ahí suelo ser hipercrítico en el abuso que se puede hacer hoy de la palabra *discernimiento de espíritus*. Hay que ser muy críticos porque es que sin querer nos podemos dañar.

Buen espíritu y mal espíritu es una constatación fenomenológica. ¿Qué quiere decir esto? Yo siento mociones, tengo sentires que me llevan por un camino de alegría, tengo mociones que me llevan por un camino de tristeza. Ahora bien, buen espíritu y mal espíritu no son dos realidades con la misma fuerza ontológica. Eso sería dualismo maniqueo. Y si fueran dos realidades con la misma fuerza, estaríamos abocados al fatalismo. Y aquí este punto también es nuclear en la espiritualidad de Ignacio, en esta fase primera que estamos entrando en el ámbito del discernimiento. Lo caricaturizo, pero lo digo muy en serio, buen espíritu, mal espíritu, son una constatación que a mí, como jesuita, me ayuda porque me ahorro palabras. Yo estoy dando ejercicios, sobre todo a los que están más metidos en la espiritualidad ignaciana, y hablo tranquilamente de buen espíritu-mal espíritu, consolación-desolación. Si estoy hablando en un contexto que no es de espiritualidad ignaciana, no puedo utilizar fácilmente estas palabras si no las pongo en su sitio. Porque si no sería un dualismo, creer que buen espíritu y mal espíritu son dos realidades con la misma fuerza ontológica. Y esa no es la fe de la iglesia. Nosotros no creemos en un principio del bien y un principio del mal. Nosotros no creemos en un dios bueno y en un dios malo. Dios y el demonio no tienen la misma fuerza. Entonces tú, Toni, ¿no crees en el demonio?, pues no, creer, creer, yo solo creo en Dios. Esto lo dijo muy bien von Balthasar (Hans Urs von Balthasar (1905-1988)), teólogo de cabecera de Juan Pablo II. Creer, creer, porque creer no es hacer un juicio de existencia. Creer no es decir Dios existe o no existe. Creer es como deseo asentar mi vida. Yo solo deseo asentar mi vida en el Dios de la vida, fuente de todo bien. Otra cosa es, como iremos viendo, que yo vivo en un mundo tramposo. Y en ese sentido, un mundo que hemos enredado y que nos enreda. Y aquí también un puntito clave, cuidado con el tema a veces de la presión en malentender las desmitologizaciones. Yo cuando hablo de demonio, de mal espíritu de Satanás, yo no me estoy imaginando la película del exorcista, ni a un señor con rabos y cuernos. Yo sí que sé que cuando el Evangelio de Juan me dice Satanás es el padre de la mentira y el principio de todo

crimen, yo podré prescindir de la figura mítica. Lo que yo no puedo prescindir es que yo vivo en un mundo mentiroso y criminal, que lo hemos desquiciado. Yo no voy a entrar y ahora, esto vendrá en su momento. Pero hasta ahí llego, o sea, mi mundo y yo mismo, yo mismo tiendo al enredo y al autoengaño. Es un tema de lucidez. Yo voy conjugando que tengáis como referencia la Autobiografía, pero como veis, no me voy a ceñir a ella, sino que me dejo sugerir a partir de la Autobiografía por temas que marcan la espiritualidad ignaciana. Por eso San Ignacio, cuando nos da criterios de discernimiento, que es cuando él los articula más en los Ejercicios, dice *reglas, criterios de discernimiento de primera semana* o de primera época, como queráis llamar, dice algo que vais a ver cómo conecta con lo que he dicho antes de *una mala teología de la imitación*, con lo que estoy diciendo de cuidado con de caer en dualismos paralizantes.

Ignacio dice, porque esto lo aprendió experiencialmente, dice que las buenas mociones son *para recibirlas*, porque son un don del espíritu. En él nos movemos, existimos y somos, y hoy es tiempo de gracia. Hoy es tiempo de gracia. Esto los cristianos a veces lo olvidamos. Hoy es tiempo de gracia y cuando digo hoy, digo hoy. Entonces dice Ignacio que las buenas mociones son para recibirlas y las malas *para lanzarlas*. Esto me parece clave en discernir, las buenas mociones, el don del espíritu, que siempre *es alegría y paz*. Esta es otra, es decir, la gran tradición espiritual de la Iglesia. Por eso dije lo de colocar a Ignacio en un ámbito de eclesial. Los dones del espíritu siempre son la paz, la alegría y la fortaleza. Esto yo no me cansaré de repetirlo. El Evangelio es una buena noticia. Las cargas pesadas no nos las pone el Señor. Las cargas pesadas nos las imponemos nosotros con nuestros fariseísmos, perfeccionismos, exigencias, intransigencias. Todos los maestros y maestras de espíritu saben, y esta sabiduría es la que a nosotros también se nos da. *Saber* aquí no lo entiendo por acumulación de conocimientos. A mí me enseñaron de pequeño que 2x2 son 4. Han pasado un montón de años y yo sé hoy que 2x2 son 4. A mí me enseñaron de pequeño a andar en bicicleta y yo sé andar en bicicleta. Yo sé a estas horas de mi vida que el don del Señor siempre es pacificador. El don del Señor siempre es una profunda alegría y paz. Ignacio dice: "Acógelo, acógelo porque es un don, acógelo". Y las malas mociones, la desolación, la tristeza, etc., dice: "son para echarlas", con la ayuda del Señor que nunca nos falta. Y esto no es una especie de pelagianismo duro, voluntarista.

Esto que estoy diciendo es clave, porque aquí mucha gente se puede confundir en discernimiento, las buenas mociones para recibir, las malas para lanzar. Por esto, en la misma Autobiografía, si leéis los números que os he puesto aquí, veréis que va de esto. Primero va experimentando el doble movimiento, consolación-desolación. Después esto le va a llevar a mirar su propia vida desde dentro y de cara. Comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, porque eso es discernir. El discernimiento se hace con dato de realidad, con datos de realidad. Esto lo repetiré hasta la saciedad. Yo esto lo aprendí de un teólogo colombiano que tuve la suerte y el privilegio de ser compañero de *tercera probación*, la última fase de formación nuestra. Era más mayor que yo, Gustavo Baena, y nos lo decía porque era alumno y profesor, estaba haciendo la tercera probación, pero era un gran biblista. Decía que el discernimiento ignaciano siempre lo hacemos con datos de realidad. No es pura subjetividad, interior y exterior están en interacción. Lo digo porque si leéis la Autobiografía, veréis que Ignacio está en esta parte de conocer emociones, pero aún se lía. En la Autobiografía dice que "no tenía discreción ni regla para medir virtudes". O sea, lo propio de Ignacio cuando empieza como todo principiante, o te quieres comer el mundo y hacer más que Santo Domingo, o cuando empieza a experimentar la alegría del Evangelio, dice: "no tenía ni humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción". Porque todo converso, con perdón, es insoportable. Todo converso es insoportable. Ignacio será un especialista en hablar de la *caridad indiscreta*. Sea caritativo, pero no me asfixie.

Os doy claves para leer esta parte primera de la Autobiografía y ahí es donde él poco a

poco va clarificando esto. En el fondo, el discernimiento es la *diácrisis*: cribar, cerner, o sea, poner mi vida en *saxechar*, que decimos en valenciano. La persona de discernimiento es la persona que se pone en situación de cribar. Ignacio está haciendo aquí el aprendizaje y como es la vida es como estas partidas de cartas de *las siete y media* que no llegas o te pasas. Ignacio, aquí se pasó tres pueblos. Quería comerse el mundo.

Ignacio lo que va aprendiendo de esto que las buenas mociones son para recibir, las malas para lanzar con la ayuda del Señor, que nunca nos falta porque vivimos en el ámbito del Señor. Este punto me parece fundamental porque no hay cosa peor que instalarse en la desolación. Es un tema que Ignacio irá dilucidando, pero que tiene que ver también con temas muy hondos de antropología teológica. Y es que cuando yo me instalo en la desolación, no transmito Evangelio, transmito otras cosas. Transmito malestar, desasosiegos, transmito frustraciones, transmito otras cosas, pero no transmito evangelio, este punto es decisivo.

Ahora veremos pistas que Ignacio fue teniéndolas que adquirir con sangre, sudor y lágrimas en Loyola y en Manresa².

Yo parto de que vivo en un mundo que hemos desquiciado. Y este punto también Ignacio lo va a percibir porque lo tiene vivido. O sea, yo no vivo en el mejor de los mundos posibles, yo tengo el mundo que tengo. Y ahí veréis enseguida que uno de los problemas que tenemos en muchos ámbitos de la comunidad cristiana es porque hay una confusión de planos de no aceptar el mundo que tengo y no el que desearía tener. Es que es tremendo *el principio de realidad* a veces nos patina en el ámbito creyente, por razones que ahora no vienen al caso. Y ahí te encuentras con hombres y mujeres que están henchidos con esa sensación de que no acabamos de ser lo que debíamos ser, en comunidades y familias que no acaban de ser lo que debían ser, en una iglesia que no acaba de ser lo que debía ser, y en un mundo que no es el que debía ser, y así no se puede vivir. Y esto no es quitar lucidez para saber que vivimos en un mundo roto y desquiciado. Y ahí veremos que no comprendemos como para Ignacio es tan fundamental la contemplación de la Encarnación. Nuestro Dios Trinidad Santa, Ahora no explico qué quiere decir Trinidad Santa, pero es irrenunciable. Porque nuestro Dios es un ámbito de compasión, mira este mundo roto y desquiciado, y la palabra que pronuncia desde siempre y para siempre es una palabra de *sanación*, de *redención*.

El mundo es diverso y complejo. En este mundo diverso y complejo, Ignacio es donde tienes que manejarse. En reconocer continuamente que la consolación es un don, pero la desolación es para mudarse contra ella. Y en este tema me parece que hay tres dimensiones fundamentales, repito, en este momento en que estamos hablando de Loyola-Manresa. Ignacio sabe que en la desolación *personal o ambiental*, aquí somos todos adultos y a mí me gusta hablar de la desolación personal o ambiental, porque al fin y al cabo, la espiritualidad ignaciana es una espiritualidad en el mundo y para el mundo. En las grandes tradiciones espirituales y místicas judeocristiana, y esto en muchos contextos se está olvidando pero no quiero entrar ahí ahora. Gershom Scholem (1897-1982), el gran historiador judío de la mística judía dice, muy bien dicho, que la espiritualidad judeocristiana interior y exterior están continuamente en interacción. Lo digo porque yo puedo estar viviendo situaciones ambientales de desolación, yo creo que el tiempo de pandemia es un tiempo desolado, por ejemplo, y en cambio estar viviendo momentos personales de fortaleza, de ánimo y de aliento, y de contrario modo, que es muy de Ignacio esta expresión. A veces puedo estar en contextos consolados en que, en que las cosas fluyen, los procesos fluyen y en cambio yo estar personalmente en un momento de desolación. Aquí pido por favor, juego de cintura. Entonces, lo que Ignacio fue aprendiendo en Loyola y en Manresa, en cuanto al manejarse en

² No voy a entrar en temas de antropología. En la jerga teológica cuando decimos antropología teológica nos estamos refiriendo a los tres grandes temas clásicos de *creación, pecado y gracia*. Lo digo para que os orientéis un poquito, que no voy a entrar, pero son temas que están ahí y yo parto de que Ignacio no vive en el mejor de los mundos posibles.

esta doble dinámica, es que en el tiempo desolado el espíritu nos está diciendo algo. Ahí es donde para Ignacio, cuando va entrando en esa dinámica de ir reconociendo que en el tiempo desolado (esto es una lectura posterior y que él irá haciendo de sus momentos de desolación) es donde ha tenido un aprendizaje vital, que es el que nos propone. Y esto no siempre se tiene claro mientras se vive, sino que Ignacio cuando ya articula los criterios de discernimiento, en el fondo, lo que nos está transmitiendo es la reflexión ya experiencial sobre lo vivido por él. Y entonces él lo formula de una manera, y ya digo que el lenguaje del XVI es el que es y yo prefiero traducir. Dice Ignacio que venimos en desolación principalmente por tres causas. En la última etapa de formación mía, que ya sabéis que la hacemos más mayores, tuve a un excelente *maestro instructor*, que llamamos nosotros, que fue José María Rambla, que después os hablaré de su libro *El Peregrino*, que es la Autobiografía anotada. Para mí fue también un regalo tener a Rambla de instructor, un auténtico maestro de espiritualidad ignaciana. Este “por tres causas venimos principalmente en desolación”, Rambla nos las traducía diciendo: *tres bienes se siguen de la desolación*. Dice Ignacio: “venimos en desolación por ser tibios, perezosos y negligentes en nuestros ejercicios espirituales”. Pero atención a estas expresiones, lo que os decía del lenguaje de Ignacio. Yo lo leo desde mi iniciación en la Compañía de Jesús en los años 68-69, que era un modelo formativo totalmente decadente, de tal manera que, algunos lo sabéis, cuando yo entré jesuita en el noviciado, a los 9 meses si no me escapaba de allí, a mí me clonan. Además, me fui en autostop porque no había manera de salir de aquel monasterio que estábamos allá en el Moncayo. Leo esto de Ignacio, que es la dificultad de Ignacio, de verdad os lo digo, cuando Ignacio dice “por ser tibios, perezosos y negligentes”, si no hago una correcta interpretación, por lo menos los de mi edad para arriba, que somos la mayoría de los cristianos hoy, ¿Qué ocurre? Que lo que ocurre es lo leo en una clave muy superficial: ¡Ay, me he dormido en la oración, he querido hacer oración a las 6:00 de la mañana y me he dormido!, pues yo nunca supe hacer oración a las 6:00 de la mañana. ¿Yo qué queréis que os diga? Pereza: ¡Ay, pues debí haber echado la basura a las 10:00 y me ha dado pereza y me digo la dejaré para...! El nombre hoy de la *pereza*, que genera desolación, en muchos ambientes que yo me muevo eclesiales y otros, es caer en la trampa del *total para total para...* Porque para mis perezas siempre tengo razones.

Claro, la pereza genera desolación y el nombre de la pereza, suelo decir que hoy que en muchos contextos de iglesia y de otros es el *total para*.

Esto es doloroso, pero es verdad. Esto es añadir sufrimiento al sufrimiento, que digo yo siempre en este tema. *Total para qué* voy a preparar la homilía para..., esto en este contexto nuestro europeo o en España cada vez más postcristiana:

- “total para qué voy a preparar la homilía a dos docenas de viejas que vienen a misa, no prepares la homilía”. Primero, las viejas no merecen respeto. Segundo, tú no prepares, ahora son dos docenas, después será una docena y cierra.
- “Yo, total, ¿para qué voy a estar al día un poquito en teología? Si cada teólogo es un alucinado que dice lo que se le ocurre”.
- “¿Información bíblica?, pero si los biblistas son unos trileros que sacan de la Biblia lo que quieren”.
- Hay detrás pereza, pereza y pereza. Y para mis perezas siempre tengo razones: “para qué, si no agradecen las familias nada, implicarme en la confirmación si se confirman y se van, si es un sacramento de salida de la iglesia”.
- ¿Para qué implicarme en Cáritas?, eso es asistencialismo, eso no tiene ninguna incidencia sociopolítica.
- “¿Implicarme sociopolíticamente?, que va, hombre, si los políticos son unos corruptos”

Al final, y esto es dramático, y es de las cosas que con más dolor digo, sentados en buenos sillones delante de buenos televisores de plasma, estamos todos los días lamentándonos de lo

mal que está el huerto. Así no hay manera de transmitir Evangelio. Y esta es la gran contradicción en la que se cae. Hay gente de espiritualidad ignaciana a la que le tengo que decir: “no me repitas cada día que el mundo está mal, que ya lo sé”. En los ambientes cristianos a veces tenemos que reconocer que tenemos un regodeo morboso en lo mal que está el mundo.

Ignacio empezó aquí. Porque esto casi le cuesta la vida. Ignacio llega un momento que se ve sin salida. Esta pereza y esta negligencia alimentan dimensiones sin salida.

Entonces, ¿por qué digo que decía Rambla que sacamos un bien de la desolación? Porque el tiempo desolado me lleva sin angustias ni *neurais* a examinar mis perezas, claro, a examinar mis negligencias, porque como sabéis, para mis perezas siempre tengo razones. Siempre. Aquí Ignacio es tremendamente lúcido. Hubo un gran estudioso de la figura de San Ignacio, de la escuela catalana, junto con el padre Calveras (Josep Calveras Santacana (1890-1964)), fueron estos hombres que allá en los años 30 nos ayudaron y ayudaron a la Compañía a recuperar realmente la espiritualidad. Desapareció en la guerra y no supo más de él; decía, cosa que se puede entender muy bien o mal, a mí me ayuda a entenderla por la mejor parte, que Ignacio fue un terrible analizador de sí mismo, en el sentido de que esto es lucidez. Como dice Chércoles genialmente, este jesuita atípico, que una de las consecuencias del discernimiento es saber que *si me engaño, me estoy engañando*. Y saber que si me estoy contando una película me la estoy contando. Es esa lucidez, pero que también es procesual, es verdad, es procesual. Después Ignacio nos dice, que en el tiempo desolado, y este punto en la espiritualidad de Ignacio también es clave, somos puestos a prueba, somos probados. Esta expresión es muy de San Ignacio, muy de la espiritualidad de Ignacio. Lo que pasa es que se decanta más en el Ignacio fundador de la Compañía de Jesús, pero lo decanta en función de su experiencia vivida de discernimiento. La prueba, que por otra parte es profundamente bíblica, no olvidéis que *probar* y *tentar* es lo mismo, en griego es lo mismo. En castellano el campo semántico se desplaza, porque aquí *tentar*, los tentaderos de vaquillas. Esto es muy de Ignacio, en el tiempo desolado, cuando la realidad no fluye, dice Ignacio, es donde somos puestos a prueba. Igual digo yo, esto lo digo yo, que el Señor fue punto a prueba en las tentaciones. Las tentaciones es un relato que en su momento es cuando en la espiritualidad de Ignacio veamos cómo se acerca él a los misterios de la vida de Cristo. También Jesús fue puesto a prueba y las tentaciones es un relato ineludible. Y entonces, dice Ignacio, la realidad desolada nos pone a prueba en las motivaciones en el seguimiento de Jesús. Lo que viene a decir Ignacio es ¿estamos en el seguimiento para el servicio y alabanza, o para la búsqueda de reconocimiento, acciones y crecidas gracias? Toda la vida a esto se le ha llamado *purificar la intención*. Es un tema también de decir: ¿a mí qué me mueve en el seguimiento del Señor, cuáles son mis intenciones? Porque también ahí se nos puede enredar el tema y *probar* es muy de Ignacio. A ver, por ejemplo, san Ignacio, a este tema le tengo especial cariño y esto los que somos religiosos y religiosas tendríamos que tenerlo claro. Por ejemplo, San Ignacio nunca habló al fundar la Compañía, por ejemplo, de *formación*. La formación es un término muy nuevo, y yo he sido formador de jesuitas, y una trampa de la formación es creer que la gente se te puede formar con una biblioteca y una capilla, y con una biblioteca y una capilla solo te enteras de la mitad del Evangelio. De la otra parte solo te enteras si la vives. Hay unas dimensiones de que desviviendo vives, perdiendo ganas. Por eso Ignacio no hablaba de formación. Sino de *primera probación*, *segunda probación*, *tercera probación*. Los primeros jesuitas nunca hablaban de casas de formación. Donde estaban los jesuitas, los jóvenes, eran *casas de probación*. Esto se puede quedar en un mero nominalismo, pero es que la realidad es la que te pone a prueba. Por eso digo que este tema de la probación lo decanta más Ignacio por experiencia vivida cuando ya es fundador. Porque está como muy metido con esto y por eso Ignacio al que entra en la compañía lo pone a prueba. Lo pone a prueba en peregrinaciones, en servir en hospitales, porque una de las razones que da es, estoy dándole

densidad de la probación en el lenguaje ignaciano, porque el jesuita, dice Ignacio, no va a entrar en un monasterio ordenado, cosa que después hicimos monasterios ordenadísimos. No va a entrar en monasterio concertado, porque la perfección que se alcanza en monasterio concertado no es la perfección que yo quiero para la Compañía. Porque el jesuita tiene que tratar con buenos y malos, buenas y malas, estar aquí y allá. Ignacio, pues, quiere gente probada. De hecho, Francisco Javier, cuando está en la India, manda cartas muy duras a los formadores jesuitas de Coímbra, que es desde donde le mandaban de Portugal a los más jóvenes a la India. Y les dice Francisco Javier, no me mandéis la gente que me estáis mandando, que no me sirve para nada, porque la gente que viene aquí tiene que saber que viene a un lugar en que no van a tener tiempo para meditaciones ni contemplaciones. Va a ser importunado día y noche y sobre todo por los principales a quienes no se les puede decir que no, porque los van a echar, pero vamos corriendo. No van a tener tiempo la mayoría de las veces para el oficio ni la eucaristía. Lo que quiero es gente probada, yo lo que no quiero en jerga, traduzco un poquito, es gente que me confunda al seguimiento del Señor con la fidelidad, como en un monasterio organizado. A veces podemos acabar siendo más fieles al reloj y al monasterio concertado que a la necesidad de la criatura. Por eso Ignacio va a descubrir muy pronto, que eso será otro tema, desde este discernimiento que se tiene que poner en disposición de ayudar al otro, de ayudar a las ánimas.

La palabra *prueba* en Ignacio es muy consistente. Por lo tanto, el tiempo desolado es tiempo de prueba, que es “ahí te quiero ver”, porque sabéis que un riesgo entonces y hoy (hoy se nos ha agudizado por contexto cultural). Es lo que os he dicho, que Ignacio va a ir descubriendo a la vez desde allí el ayudar al otro, por eso saldrá de Loyola. Va percibiendo perfectamente que la intención en el seguimiento no está tanto, ni mucho menos, en mi satisfacción o insatisfacción, sino en la necesidad del otro, en la jerga de Ignacio, *ayudar a las ánimas*. Y en ese sentido Ignacio, no es pasión de hijo de san Ignacio, conjuga vitalmente interior y exterior, *contemplativo en la acción*, como veremos. Según Nadal, que fue el que divulgó más la espiritualidad genuina de Ignacio en la compañía primera. En definitiva, que somos probados en las motivaciones.

Aquí hay personas de varios contextos, estáis también de América Latina, pero esto en todo contexto hay que procesarlo, porque toda cultura necesita ser evangelizada. Por ejemplo, en un curso que estuve de invitado en Belo Horizonte, en Brasil, dando Cristología al margen de la docencia, con estudiantes jesuitas que había allí de seis países de América Latina en un retiro de comunidad, les dije que había mil cosas en este país que me fascinan, y otras que no me fascinan. Como en el mío, hay cosas que me fascinan y otras que no me fascinan. Y es que aquí vosotros salís el fin de semana a la periferia, a echar una mano en pastoral, que por otra parte, me da envidia de cómo está organizada la pastoral en la arquidiócesis de aquí. Pero qué peligroso es que vosotros salgáis de aquí, vayáis a la periferia, a los barrios, os ponéis un alba encima. Vamos, los niños salen debajo de las piedras y solo falta la banda de música que os reciba y está muy bien y es muy agradable, pero es muy peligroso. Porque el día que tengáis que ser jesuitas en un ambiente en el que ser jesuita no signifique nada, ese día qué, porque yo en la ciudad que vivo en Valencia, en España, en un barrio en Campanar, salgo de casa con un alba puesta y mi vecina llama al psiquiátrico diciendo, Toni se ha trastornado. Porque cuidado, estamos hablando de discernimiento. El reconocimiento te da estabilidad emocional, lógicamente, gracias a Dios. Y esto que estoy diciendo lo estoy diciendo a gente adulta. A un muchacho que se inicia no lo puedo poner siempre en ámbitos inhóspitos, pero sí que llega un momento que la pregunta es: ¿yo qué busco en el seguimiento? Entonces, Toni, ¿tú no vas a dar siempre ejercicios espirituales bailando como el rey David delante del arca? Pues no, a veces voy a dar ejercicios diciendo me cago en..., quién me mandó a mí decir que sí a estas buenas mujeres.

Ignacio dice que en el tiempo desolado es cuando depuramos motivaciones. Pero repito,

esto es fuente de sufrimiento y los sufrimientos siempre hay que calibrarlos. Uno de los problemas más serios en la Iglesia de España estos años es este. Más serio, como por razones que ahora no vienen al caso, en 30 años este país ha cambiado. Hace 30 años el trato al jesuita, sociológicamente hablando, en muchos ambientes era pase padre, pase, pase, y era reconocido. Hoy yo en muchos ambientes digo que soy jesuita y la gente te mira como pederasta, o incluso muchos te dirán ¿y eso qué es? Como con muchos sobrinos míos, lo que me quieren es verme feliz. Yo puedo ser jesuita, pero para ellos como si soy del cuerpo de bomberos.

Entonces, ¿qué pasa? Como la realidad no me reconoce, agredo la realidad. Eso es lo que ha pasado en la Iglesia de España con Rouco y compañía, por ejemplo. Lo digo como lo siento. Como la realidad no nos concede relevancia, agredo la realidad. Así no hay transmisión de buena noticia. Habrá otras cosas, visión ideológica, debate de valores, cosa que me parece santa, pero cuando la realidad no me reconoce, la tendencia es agredir. Y en cambio, para Ignacio es un tiempo de depuración.

Y la tercera causa, que es más enrevesada. [Un tema que lo que reforzaré en la segunda sesión, pero adelanto algo. Que es un Ignacio que se vive ya o empieza a vivirse desde la acción de gracias. El tiempo de Manresa conecta con esto que estoy diciendo. Ese Ignacio más exótico de peregrinaje, pero es porque ahí Ignacio ya ha ido aprendiendo estas lecciones. Ha aprendido la lección de cuidado con que cuando te repliegas en pereza las cosas... En la motivación en el seguimiento Ignacio pasó en Manresa por fases, como habéis visto, muy narcisistas de yo de hacer. Es decir, qué te mueve en el seguimiento: ¿la exhibición, el consuelo, el aplauso o el servicio?].

Así pues, la tercera es muy enrevesada en su lenguaje, que es cuando Ignacio dice: *en el tiempo desolado es cuando tenemos conocimiento interno*. O sea, esto es muy de Ignacio. En el lenguaje técnico que diríamos hoy cuando abordamos la espiritualidad de Ignacio. El conocimiento interno es una expresión técnica ya en la espiritualidad ignaciana. Que quiere decir conocimiento existencial, conocimiento vital, conocimiento de corazón... Dice que en el tiempo desolado es cuando tenemos conocimiento interno de que *no está en nuestras manos traer la consolación*. Qué bien dicho está. Cuando estoy en situaciones de desolación, qué más me gustaría a mí hacer así, pum, y estar bien. Tendrás que venir en paciencia, dice Ignacio. O después el pensamiento mágico de creer que la pandemia, caricaturizo un poquito, se va a ir si rezamos más. Pues puede ser que sí, pero puede ser que no. No, está en mis manos traer la consolación cuando a mí me gustaría. Por lo tanto, es ahí cuando tenemos conocimiento interno de que *la consolación es un don*. Y dice que si reconozco de verdad que la consolación es un don, cuando esté en consolación no vendré en soberbia y gloria vana. Otra vez ese narcisismo, ahora lo traduzco. Y *no pondré nido en casa ajena*. Quiero decir, no vendré en soberbia. A este criterio yo le llamo *del estudiante*. Yo no conozco estudiante en ningún sitio que no diga: “he aprobado las matemáticas y la física; he aprobado el tratado de Dios y un parcial de griego. Me han suspendido el dibujo y el lenguaje”. El estudiante cuando aprueba, he aprobado; cuando suspende, me han suspendido. En la relación con el Señor hay gente que se muere en la eterna adolescencia espiritual. ¿Las cosas funcionan?... con lo fiel que soy con la oración, con lo comprometido que estoy. ¿Estamos bien en comunidad?... si estamos aquí las joyas de la Compañía de Jesús y no como la pandilla de neuróticos que viven en la otra Punta de Valencia. He aprobado, El colegio funciona, hombre, cómo no va a funcionar con la profesionalidad y las horas que estamos echando.

Cuando las cosas funcionan y hay consolación, Ignacio dice: cuidado en no atribuirte tú la consolación. Esto nos llevará otra vez, repito, por tercera vez al tema próximo de la gratuidad.

Entonces, desde ese planteamiento, en el momento que viene una dinámica desoladora: “¡Dios mío, me ha suspendido; esto no tiene sentido; a Dios, muy buenas, ahí os quedáis!”. Y

en cambio, Ignacio lo que sabe es que sabemos dar gracias más hondamente en la consolación y pedir fortaleza en la desolación, lo que no vale jugar a la eterna adolescencia. Por eso que dice Ignacio,

Ignacio lo que nos está diciendo es en el tiempo desolado, esto fue su aprendizaje vital en el eje Loyola - Manresa, aunque después, repito, nos lo presenta ya como más formulado, más sistemáticamente, pero fue este esquema que digo: hombre, en el tiempo desolado examina perezas, en tiempo desolado depura motivaciones y en tiempo desolado aprende a caminar humildemente. No te atribuyas tú los frutos de la espiritual consolación.

Voy a ir terminando, poco a poco porque, como ya digo, no se trata de que esta introducción sea toda ella un curso de discernimiento, sino dar los indicadores más nucleares de la espiritualidad ignaciana.

Ignacio, cuando dice mudarse contra la desolación, no es pretender cambiar mágicamente la realidad, eso es pensamiento mágico, sino mudarse contra la desolación en clave ignaciana y de los maestros y maestras de espíritu. Mudarse contra la desolación es *ubicarse evangélicamente en la realidad desolada*, que no es lo mismo. Repito, mudarse contra la desolación no es cambiar mágicamente la realidad desolada, sino ubicarse evangélicamente. Aquí también hay confusión a veces. Y esto es un nido de frustraciones a veces y de desasosiegos. *La realidad no se cambia mágicamente*. Aquí podría poner muchos ejemplos. San Ignacio dice: “En el tiempo desolado, *mucho examinar*”. ¿Qué quiere decir mucho examinar? ¿Que en vez de un cuarto de hora de examen de conciencia haga media hora? Pues no.

[Repito. Es esta primera fase de Ignacio de recuperación, de emergencia del yo, de escuchar, de ir aprendiendo una gramática del espíritu, etcétera]. Lo que Ignacio nos viene a decir es que sabemos que en tiempo desolado **la tendencia es simplificar el análisis de lo que acontece y buscar un chivo expiatorio**. Este mecanismo está muy explicado. El tema del chivo expiatorio es fascinante. Ver a René Girard (1923-2015)³ y compañía o Alison (James Alison), cristólogo también en su libro *Conocer a Jesús: cristología de la no violencia*. Es el mecanismo de buscar el culpable. Como la desolación nos genera mucho desasosiego y malestar, la tendencia es simplificar y buscar un culpable en lo grande y en lo grande y lo pequeño. Por ejemplo, en la crisis económica del 2008, la culpa la tiene Zapatero, Rajoy, me da igual... O sea, la simplificación es atroz, en todos los ámbitos y hoy no digamos. La culpa de la pandemia la tienen los chinos... La pregunta ante una crisis no es la de quién ha sido, sino qué está pasando, que no es lo mismo. Un mecanismo inmediato es ¿quién ha sido? ¿quién ha sido el culpable?: el gobierno, los chinos o... En cambio, la pregunta ilustrada en el sentido mejor del término es *¿qué está pasando?* Pues esto nos pasa también en discernimiento. Es decir, Ignacio *examina lo que acontece*. Yo no sé de todo, si no es saber de todo, es saber que *la realidad es compleja*.

Ante esto ahora Ignacio dice: “ora lo que acontece”, que es mirar con los ojos de Jesús. Y cuando examinas y oras se nos ocurren cosas. Pero las cosas que se nos van a ocurrir llevan consigo más *implicación compasiva* que la mente y la gesticulación inútil. Por eso Ignacio, para mudarse contra la desolación, dice: *examina, ora y alárgate, pon de tu parte*. Claro, la palabra que voy a decir ha desaparecido del vocabulario cristiano, por lo menos aquí: *Alárgate en algún modo conveniente de hacer penitencia*. La palabra penitencia, yo no sé a qué suena hoy. Yo puedo prescindir de la palabra penitencia de la que no puedo prescindir es de la *abnegación*. Abnegación es *descentrarte, desvivirte, implicarte*. Bueno, no quiero abaratar esto. Esto es la vida misma. Yo cuando trabajaba más en el mundo marginal, pues situaciones educativas que vivías con los muchachos y muchachas, por ejemplo, de mucha tensión. Épocas en que ves que el recurso educativo no funciona, que los educadores estamos

³ *El chivo expiatorio*. Recuperable en: <https://proletarios.org/books/Girard-Rene-El-Chivo-expiatorio.pdf>.

pensando que aquello es desolador. Ves que hay mucho absentismo, que no conectamos con el mundo gitano...

Ahí hay dos opciones. La primera es buscar lo culpables: si es que estos críos son carne de cañón, si con estos no hay nada que hacer, si aquí nos estamos descuernando y van a acabar en Fontcalent (prisión de Fontcalent, Alicante), como todos sus parientes. O, la segunda, me sereno, nos serenamos, examinamos lo que está pasando y a lo mejor te das cuenta que el recurso educativo que estás ofreciendo no es el adecuado.

Una vez dando Ejercicios de mes, un sacerdote mexicano me lo decía que en su parroquia, hablando de un discernimiento, cuántas veces se empeñaban en hacer proyectos pastorales que a la gente ni los había pedido ni les interesaban. En cambio, no hay conexión porque son unos desafectados, porque son unos..., enseguida la victimización. ¡Examina! Vuelvo a la educación, es que el recurso educativo funciona. ¿Oramos por estos chavales o no? O la oración es simplemente consideraciones piadosas. ¿Estas criaturas tan rotas, valen la pena o no valen la pena? ¿Las miramos con los ojos de Jesús o no?

Entonces, si examinas y oras se te van a ocurrir cosas, pero más penitentes. Es más abnegación pasarte dos años remodelando un recurso educativo a nivel profesional, pedagógico, peleando con consellerías... Es más penitencia que lamento. ¿Esto cambia mágicamente la realidad?, no la cambia, pero cuando te ubicas evangélicamente generas dinámicas distintas.

En esto me parece que Ignacio da en el clavo. Y esto pasa en lo pequeño y en lo grande. Pongo ejemplos que me habéis oído algunos, pero muy cotidianos en las familias, en las comunidades. “Oye, Toni, dile algo a fulano que es un sucio. Ese sucio, si yo tengo un mínimo criterio de discernimiento, lo que estoy viendo es un compañero de 85 años con cáncer de colon, con ano artificial y con prótesis dental. Yo estoy percibiendo otra cosa. ¿Tú oras por la comunidad o no oras por la comunidad? Porque eso se dice bien, pero ¿tú procuras mirar con los ojos de Jesús? Si miras y oras se te van a ocurrir cosas, pero las cosas que se te ocurren siempre llevan más carga de Evangelio, porque es más Evangélico pasar una bayeta, callar y guardarle las espaldas al hermano.

Entonces, ¿qué he querido transmitir hoy? Que toda la fase primera de Ignacio, Manresa – Loyola es donde Ignacio va a ir cambiando de código vital. Ignacio va a ser un hombre que pasa de códigos de comportamiento más externos, llamo *externos* a un cumplimiento, que tampoco lo digo caricaturescamente, un cumplimiento de códigos más de comportamiento moral externo, de preceptos y normativa eclesial, etc., una religión más estatutaria, al Ignacio, que va descubriendo su dimensión más personal de la fe, o sea, más personal, diríamos hoy. Un hombre que va escuchando el paso del Espíritu. Ignacio va decantándolo, llamarle como queráis, en un *lenguaje* o en una *gramática de discernimiento*. Todo lo que Ignacio siente lo podemos encontrar en otros maestros o maestras de espíritu. Pero Ignacio, como veis, tuvo el don de ir sistematizando, de ofrecernos su viaje a todo esto.

A esto subyace, pero esto es el tráiler para la próxima sesión, que es cuando creo que va “cuadrando”. Un Ignacio que pasa, de esos códigos imitativos externos, yo he de hacer, yo he de hacer, a descubrir vitalmente que eso está abocado al fracaso. Son procesos vitales que él pasa y todos nosotros, de un modo u otro, también pasamos. E Ignacio va a descubrir la *radical dimensión de gratuidad en el seguimiento* del Señor Es un proceso. Ahora no voy a entrar en qué quiere decir la gratuidad. Rápidamente, cogiendo como paradigma a Pedro: “Señor, te seguiré a donde quiera vayas, otros te abandonarán, pero yo no te abandonaré”. ¿En qué acaba eso?: “Yo a ese no lo conozco”. Una comunidad de seguidores que en Getsemaní fracasan y es esta dimensión siempre del yo he de hacer.

Jesús como referente, como modelo. La radical gratuidad es la incondicional del amor de Dios, incondicionalidad que se manifiesta en Cristo Jesús. Y es el retorno, que eso pasa también experiencialmente, el retorno del resucitado es pacificador. No lo olvidéis nunca.

Jesús no retorna sobre Pedro reprochando, afeando conductas e incoherencias. Jesús no retorna sobre Pedro diciendo: “Pedro, vaya faena que me hiciste, me abandonaste. Ya te lo avisé”. El resucitado no retorna sobre la comunidad diciendo: “vaya lo que hiciste en Getsemaní, cualquiera se fía de vosotros para embarcarse en una historia especial. Ahora vamos a hacer una reunión de comunidad y cada uno me va a decir por qué me abandonó en Getsemaní y si en alguno veo posibilidades, lo manda a hacer un curso de integración psicoafectiva en Manresa y a la vuelta hablaremos”. En cambio, la radical experiencia de gratuidad y de incondicionalidad es *Shalom Aleihem*, la paz con vosotros.